



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Mariana Matthews

Antología Fotográfica

Selección, Curaduría y Textos
Ignacio Szmulewicz Ramírez

La colección Artes es un homenaje a la rica y vibrante expresión artística del sur de Chile y del mundo. Esta serie busca explorar y difundir, prioritariamente, las diversas formas de arte que han emergido y emergen en esta parte del territorio, caracterizada por su singularidad cultural, su belleza natural y su profundo vínculo con las tradiciones ancestrales. Con ella, pretendemos ser un puente entre los artistas y el público, fomentando un diálogo que celebre la creatividad y la diversidad en el mundo desde el sur de Chile.



Ediciones  UACH
Colección *Arte*



Proyecto financiado por el
Fondo Nacional de Fomento del Libro
y la Lectura 2025

Esta primera edición en 450 ejemplares de **Mariana Matthews, Antología Fotográfica**, se terminó de imprimir en octubre de 2025 en los talleres de 44 PRINT, ☎ (56 9) 7849 2606, www.44print.cl, para Ediciones Universidad Austral de Chile, ☎ (56 63) 244 4338, www.edicionesuach.cl, Valdivia, Chile.

Dirección editorial
Yanko González Cangas
Cuidado de la edición
Ricardo Mendoza Rademacher, César Altermatt Venegas, Ignacio Szmulewicz y Mariana Matthews.
Diseño y maquetación
Ricardo Mendoza Rademacher

Todos los derechos reservados. Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2025.
© Mariana Matthews, 2025.
© Ignacio Szmulewicz Ramírez, de la selección, curaduría y textos, 2025.
ISBN 978-956-390-289-1 | 770–Fotografía y fotografías / AJCD–Fotógrafos individuales

CONTENIDO

He Visto Algo Único (*Mariana Matthews*) 7

El Rostro del Sur de Chile 13
Poéticas del Agua 57
Santerías 83

El Rostro del Sur de Chile: Cuatro Décadas de
Fotografías de Mariana Matthews (*Ignacio Szmulewicz R.*) 115
Una Conversación (*Mariana Matthews & Ignacio Szmulewicz R.*) 125

Nota Biográfica 133
Exposiciones 135
Las Obras 141



HE VISTO ALGO ÚNICO*

Mariana Matthews

HE ECHADO RAÍCES EN ESTA TIERRA ENTRE EL río Calle Calle y los bosques del Cerro Quitacalzón.

Descubrí que la arquitectura del sur de Chile, sus bosques nativos y las personas que conocí en mis viajes, eran únicas. Compartimos esta tierra con los descendientes de nativos mapuche, huilliche, chonos; de españoles y finalmente de alemanes que llegaron como colonos. Esta información me permitió establecer raíces y entender un lugar que sentía ajeno, ya que había dejado Chile siendo muy pequeña.

Aprendí a amar la pureza de líneas y la nobleza de la construcción en madera de los colonos alemanes.

* Fragmentos de los textos introductorios para los libros **Persona** (Kultrún, 2021) y **Tierra Firme** (Kultrún, 2021).

Pude distinguir por el tacto, el olor y la vista, los árboles, helechos, líquenes y hongos silvestres en el sotobosque de la selva fría. Participé en las labores de granja, pesca, madereo y artesanía, en el día a día de la vida de las comunidades que visité. Aprendí acerca del hilado y el teñido de lana con las plantas recolectadas dentro y fuera de huertas y chacras. En mi cocina, me convertí en cocinera de hongos silvestres, algas, congrio y dulce de mosquito.

Inicialmente, mi producción fotográfica fue de naturaleza documental. Pero yo no era solo una gringa haciendo una expedición de fotografía a una tierra exótica al final del continente sudamericano; por eso me aboqué a investigar y familiarizarme con mis temas y viajé sin limitar mi tiempo de estadía en los lugares o en el desarrollo de las imágenes.

Durante más de treinta años viajé a Chiloé por tierra y mar a un ritmo personal. Me impresionó su belleza física y la cultura y costumbres de las personas que habitan estas islas. Su condición insular se había conservado hasta entonces, en los años 80 y 90, fuera de la globalización. La vida familiar y una conexión entre el mar y la agricultura sostenían una forma de vida sin parangón en Chile. Así, fui llenando rollos de doce negativos con una antigua cámara Rolleiflex y descubrí que ese ritmo muy lento de fotografiar con trípode y formato mediano era el mismo que encontraba cotidianamente en la vida isleña. Volvía a la granja y a mi familia, feliz de llegar al cuarto oscuro

y ver si lo visto y experimentado se había conservado mágicamente en mi cámara.

Cada viaje abundaba en deleite visual. Las granjas en las colinas ondulantes y las labores estacionales de plantación y cosecha de papas, habas y cilantro para la cazuela. La esquila de ovejas en el verano y el tejido y anudado de la lana en los largos meses de invierno, para producir choapinos y espesas alfombras marrones y blancas o pesados suéteres teñidos con raíces, musgos y hierbas del campo.

Casi todas las vistas estaban dominadas por la costa interior y la marea alta dictaba cuándo salir al mar para pescar o mariscar. Con marea baja el agricultor podía recoger algas para secarlas en la playa o bailar en la arena para recoger huepos, machas y almejas. Pero preservar algo más esta abundancia requería un agujero profundo, cavado en la arena, y grandes piedras enrojecidas al fuego, para ahumar y cocer al vapor la cosecha. Por lo general no había electricidad para refrigeración en el archipiélago, excepto en las ciudades principales de la Isla Grande. Por eso, casi todas las casas tenían, entre el mar y el huerto, un lugar blanqueado por generaciones con las conchas marinas desechadas tras la cocción del curanto.

En uno de mis primeros viajes, el sacerdote Gabriel Guarda me pidió ayuda para registrar las iglesias de Chiloé, muchas de las cuales son tesoros patrimoniales construidos hace siglos por los misioneros jesuitas y franciscanos.

Me impresionaba su ubicación en el terreno que los rodeaba, la pureza de su diseño y el conocimiento de que estos templos habían sido elevados por la comunidad de fieles. Fueron construidos para albergar a los santos y esperar la llegada periódica del sacerdote que traía los sacramentos unas pocas veces al año.

Estos templos son el hogar de santos patronos, esculturas policromadas de madera tallada por monjes que, con el tiempo, enseñaron a los carpinteros nativos, constructores de barcos, a esculpir en madera a estos hombres y mujeres sagrados de la fe católica. Estaban destinados a inspirar la reflexión sobre sus vidas, pero se convirtieron en seres celestiales y hasta el día de hoy son venerados como tales. Participan en procesiones y se les canta, ora y festeja en su honor. Las familias viajan desde lejos para pasar los días congregados alrededor de los altares. Al igual que en la Europa medieval, alrededor de la explanada de la iglesia los mercaderes venden mercancías traídas del continente.

Me fascinaron estas poderosas efigies. No era una cuestión de fe: me trasladaban a cientos de años atrás y no era la deidad lo que sentía en ellas, sino el arte y la mano del creyente que era carpintero. Esta cualidad trascendente fue establecida por la Iglesia en Chiloé desde el siglo XVII y es lo que todavía la sostiene, aun cuando el canon de sus enseñanzas para mí es completamente irrelevante.

Estaba tan emocionada por estos santos que hablé inmediatamente con el padre Gabriel sobre mi deseo

de regresar al archipiélago y retratar estos tesoros a los que tan pocas personas tenían acceso para admirarlos, estudiarlos, protegerlos o venerarlos. Me escribió una presentación para el obispo Juan Luis Ysern y los párrocos, para facilitar mi trabajo; pero me llevó más de treinta años conseguir los fondos y el tiempo para concluirlo. Me acompañaron destacados profesionales de la restauración y las artes visuales, e historiadores que aportaron una enorme profundidad a mi investigación e interpretación, mucho más allá de lo que podría haber logrado sola hace tanto tiempo.

Nunca he tomado la cámara para disparar sin más a las cosas que me rodean. Para mí, fotografiar implica una especie de ritual para dejar atrás el rol de madre y proveedora y dar rienda suelta al fotógrafo y artista para el que me había preparado y que creía ser. Me apasionaba y estaba ansiosa por experimentar el mundo visual que me rodeaba.

Una respuesta parcial a estos temas ocurría en el nivel formal, involucrando iluminación, composición, la relación de cada objeto con los demás, en yuxtaposición con lo que estaba sucediendo en la cercanía de los bordes del encuadre. Cuando todos esos elementos se ajustaban armónicamente unos con otros en ese juego de visualización que había aprendido, entonces estaban dadas las condiciones para registrarlo.

Hay una urgencia súbita cuando la idea conceptual que uno está tratando de expresar visualmente se encuentra con la formalidad o ejercicio de concretar la

imagen. Y uno resplandece interiormente con la satisfacción de crear una nueva realidad. Uno vuelve a revivir la experiencia y la confirma en el cuarto oscuro.

La oscuridad, la tibieza, la humedad y el punzante olor de los químicos; el silencio, excepto por el pulso rítmico del gran reloj control negro en la pared; todo contribuye a acentuar un sentido de anticipación. La importancia del trabajo *in situ* se confirma al sostener el negativo contra la luz de seguridad naranja. Y otra vez cuando emerge lentamente la imagen positiva en el revelador. Para cuando uno la ha fijado, enjuagado los químicos y la ha extendido a secar, el proceso de concreción de la imagen está casi llegando a su fin. Me digo a mí misma: sí, he visto algo único y fui la única testigo de ese momento decisivo.

El Rostro del Sur de Chile









